

La educación (que es) del otro Argumentos y desierto de argumentos pedagógicos

ANDREA BRITO*

Debería comenzar diciendo que estamos ante un nuevo libro que nos hace re-pensar la educación. Debería seguir dando razones por las que es necesario leer este libro. Para ello, debería comentar de qué va el libro: cómo se compone, qué ideas trabaja el autor y qué marcos teóricos sostienen sus reflexiones, es decir, en cierto modo, debería explicarles *La educación (que) es del otro*. Con estos deberes, lo último que debería lograr es que la única acción posible posterior a la lectura de esta reseña sea entrar a una librería pidiendo casi con desesperación este libro o, al menos y si se dispone de cierta virtuosa paciencia, incluirlo en la lista de futuros libros a adquirir sin importar, en uno u otro caso, lo que devenga de esa lectura.

Una secuencia correcta y esperable que hace a los modos canónicos de construcción y sentido de las reseñas bibliográficas: construir un argumento que convenza a otros, posibles lectores, de los nuevos descubrimientos sobre un viejo tema que brindará la lectura de una nueva obra. Y, para ello, asumir el consentido acto de arrogancia que toda reseña supone: construir ese argumento explicando el sentido de las palabras de otro.

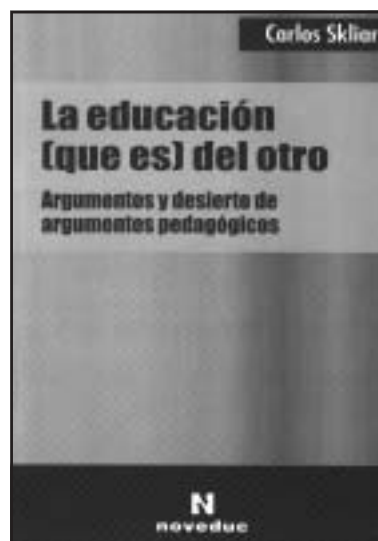
Si siguiera esta secuencia, creo, estaría cometiendo una traición. Una doble traición. Aquella que entiendo conspira contra el sentido último de las palabras de Carlos Skliar y, también, aquella que falsea mi lectura de las palabras de Carlos Skliar. Por eso, en relación con la primera, elijo no dar argumentos para convencer a otros sobre la necesidad de leer un libro sobre educa-

ción —operación de cuya cerrazón el autor elije escaparse— sino que, y en relación con la segunda, sólo escribo en voz alta mi propia lectura de este libro, una posible lectura, intentando hilvanarla en el anhelo que entiendo le da a éste su inspiración.

¿Cuál es ese anhelo? ¿De qué forma se ofrece? ¿Qué nos da a leer el decir sobre los argumentos pedagógicos?

La educación (que) es del otro se da a leer como una grieta, la posibilidad de, a través de la escritura, provocar una fisura en el decir sobre la educación. La explícita intención de deconstruir los argumentos pedagógicos, o al menos aquellos que más hacen sonar la cuestión de la diferencia, supone provocar una hendidura en la continuidad poco interrogada y autosuficiente del lenguaje sobre (y de) la educación. “Hoy tengo casi todas las palabras/Pero me faltan casi todas/Cada vez me faltan más”, fragmento de las poéticas formas de Juarroz que Skliar toma prestadas para dar a leer su intención de quebrar la lógica de la explicación y el desierto de argumentos en educación. Y en esa intención de quiebre nos es posible leer un doble convite: por un lado, aquel que nos llama a aceptar “que podemos explicarlo todo, pero que nada podemos explicar” y, además, aquel que invita a ensayar otro lenguaje para pensar la pedagogía, aquel que, de la mano de la poética, cincela un intersticio para que tengan lugar la experiencia y el acontecimiento.

La educación (que) es del otro se da a leer como un hartazgo, una denuncia sobre el exceso de lo hablado acerca



SKLIAR, Carlos,
La educación (que) es del otro. Argumentos y desierto de argumentos pedagógicos, Buenos Aires, Novedades Educativas, 2007, 144 páginas.

de la educación a través de un modo único, reiterado y escasamente rebelde, y a la vez reconecedor, de la herencia educativa. Unas ciertas palabras del escritor Peter Handke dicen que dar nombre a una necesidad vital, y podríamos agregar humana, conlleva su desligazón del contexto de la vida y, en esa desrealización, en ese “extraerla del relato”, se convierte en mera opinión o doctrina, sumiéndose en una suerte de banalización. Y que el conjuro para este destino consiste, concretamente, en escribir sobre esa necesidad, de un modo tal que sea innecesario pensarla expresamente sino sólo concentrarse en el relato en el que está incluida. Desde aquí, quizás el hartazgo de la acumulación de argumentos sobre la educación, esto es, la abrumadora sensación de que, en palabras de Skliar, “la educación se nos ha vuelto sinónimo de argumentar la educación”, resulta un llamado a intentar reubicar a la educación en el relato humano al que le da vida.

La educación (que) es del otro se da a leer como un gesto ético, la decisión de asumir una posición responsable frente a la herencia educativa y a su distribución.



Lic. en Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires; Investigadora del Área de Educación de FLACSO Argentina. E-mail: abrito@flacso.org.ar

Y quizás sea posible enlazar este gesto con una incómoda pregunta a través de la cual hace unos años Skliar nos convidaba a pensar en una pedagogía de la diferencia. Redoblando el juego de pensamiento en el que nos colocaba *¿Y si el otro no estuviera ahí?*, este nuevo texto complejiza el ejercicio asumiendo que no solamente el otro “está ahí” sino que, además, es suya la educación. Y, en tanto suya y en tanto esa otredad allí presente supone un yo y un nosotros, nos acerca y enfoca una nueva pregunta: la que se anima a interrogar los decires estereotipados, arquetípicos, modélicos que sostienen nuestra forma de pensar aquello que heredamos. De esta forma, se nos invita a “ser fielmente infieles con la herencia”, reconociendo y homenajeando su existencia pero corriendo el velo de todas aquellas ficciones que impiden un justo reparto.

La educación (que) es del otro se da a leer como un paisaje, una forma espacial de pensar la educación y la diferencia en la educación en un tiempo donde el exceso de palabras no produce más que agotamiento. Un desierto de argumentos sólo atravesado por la aridez, “donde nada es capaz ya de crecer”. Pero también, un paisaje que,

justamente por esa desolación, puede convertirse en “una invitación a poblar, a habitar ese desierto”. Un escenario donde sea posible desterrar la certeza de lo abroqueladamente conocido y, en su lugar, producir la conquista de la incertidumbre que desanda y reconstruye. Un movimiento que produzca el exilio de sujeciones y posturas esclavizantes y provoque la llegada de aquello que libera. Una mirada fertilizante que abone otro modo de habitar el espacio y de darle acogida al otro en él.

La educación (que) es del otro se da a leer como un silencio, la suspensión del bullicio que impide la interrogación filosófica de la educación. Se trata de un silencio contemplativo que, al menos por un instante, suspenda la confusa superposición de voces que sostienen los naturalizados discursos sobre la educación. Y que, tal como se nos propone, permita la reaparición de la pregunta por “de quién son esos argumentos” para interrogarnos nosotros mismos, como enunciadores y como receptores de esos enunciados. Retomando una de las lúcidas reflexiones barthesianas sobre el lenguaje, quizás se trate de una pausa silenciosa que nos acompañe en el tránsito desde

el farfalleo —aquel ruido del lenguaje que, adicionando más y más para decir, nos hace entender que éste no está en condiciones— hasta el susurro, entendido como aquel ruido del lenguaje propio del goce plural. Un camino donde se evaporen los disonantes y ruidosos sentidos recurrentemente explicitados, repetidos y gastados, prestados, devueltos y vueltos a prestar, para dejar surgir un lejano susurro que se transforme en un horizonte de sentido desde donde pensar la educación.

Todas éstas, ninguna de éstas y otras tantas distintas lecturas por venir nos da a leer *La educación (que) es del otro*. Y quizás en esa posibilidad albergue su potencia: la de provocar una conversación que, lejos de razones y argumentos, vuelva al origen de un tema algo perdido: la misma educación.

La responsabilidad de incluirnos en esa conversación quizás sea el principal motivo por el que valga la pena buscarlo desesperadamente en una librería o, al menos, considerarlo en la lista de nuestros futuros libros.

Recibido el 6 de abril
Aceptado el 23 de abril de 2007